

Testimonios de vida en el teatro

TUC

50 AÑOS

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

Capítulo 20



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

Testimonios de vida en el teatro.

TUC 50 años

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

© Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, 2011

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Avenida Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono (51 1) 6262000

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Diseño de cubierta y
diagramación de interiores:

Charo Velásquez

Foto de carátula:

Francisco Adrianzén Merino. *Peligro a 50 metros* (1970)

Todas las fotografías reproducidas en este libro pertenecen al archivo del TUC,
salvo indicación en pie de foto.

Primera edición: octubre de 2011

Tiraje: 800 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2011-08650

Proyecto editorial: 31501361101432

ISBN: 978-9972-42-968-2

Impreso en Cecosami Pre Prensa e Impresión Digital S.A.

Calle Los Plateros 142, Ate.

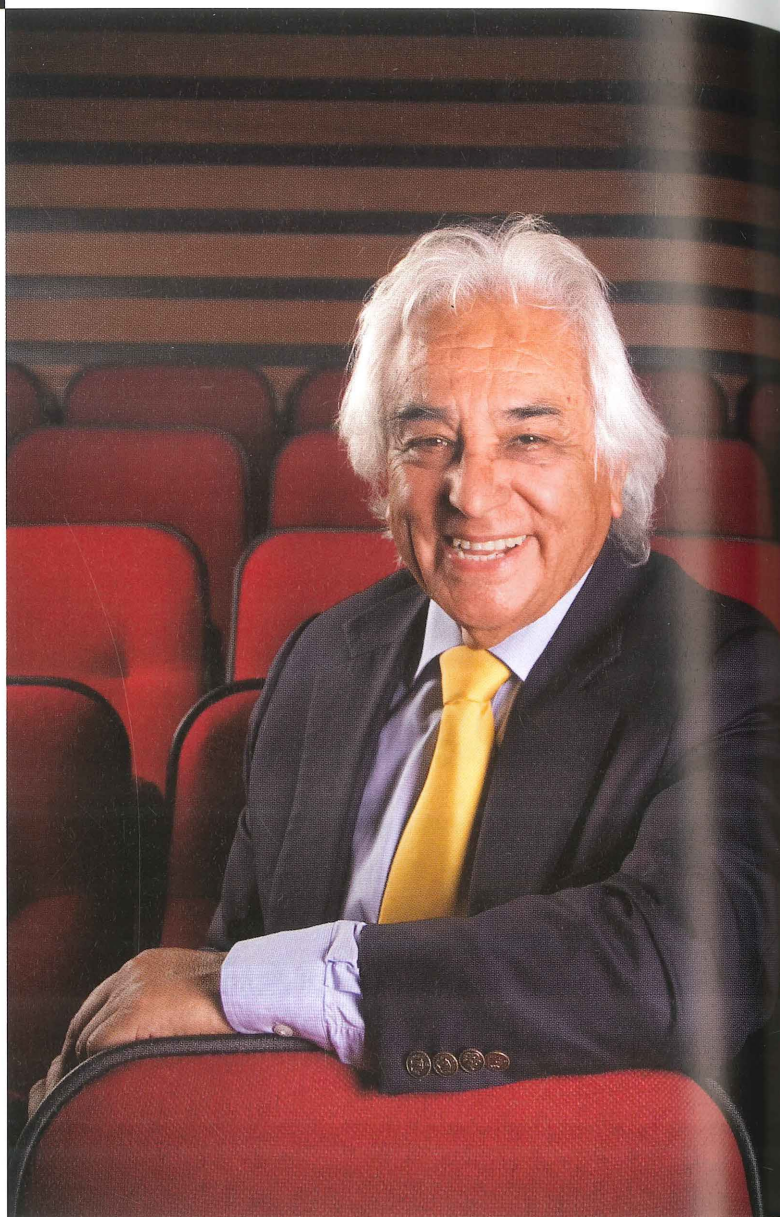
Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Aníbal Sierralta. Abogado y notario público.
Dirigió al TUC a mediados de 1970.

El don de la voz

Cierta vez se representó en el Odeón de París una pieza en verso titulada *Le Passant*, escrita por el desconocido poeta Francois Coppeé. Este adjudicó el papel secundario a una joven actriz, Sarah Bernhardt, quien vestida de paje florentino estremeció al público por la pureza de su voz y la altura de su timbre.

La voz singulariza a las personas y es un don de Dios. Es la habilidad más preciada que puede poseer un actor, un cantante, un político o un profesor. Haber estudiado en el Teatro de la Universidad Católica (TUC) me permitió descubrir y educar este don con que venimos al mundo. Adicionalmente, me brindó el conocimiento de la escena para aproximarme al gran teatro del mundo y a la convivencia democrática; pero, por encima de ello, me posibilitó conocer a mis mejores amigos de juventud, hoy talentosos profesionales, brillantes profesores o exitosos empresarios.



Llegué al TUC casi de la mano de Hernán Romero, entonces mi compañero de aula universitaria. Yo venía de Trujillo, e ingresaba a un mundo en el cual la corbata y el saco eran el carnet de ingreso a la formalidad de la Facultad de Derecho. No soy de los fundadores que conforman esa especie de mayorazgo o *signorile*, pero sí de aquel grupo de soñadores que llegaron con escobas y trapeadores a la vetusta casa de la calle Amargura para investirla de pudorosa limpieza. Era una casa de vecindad que servía, además, como zaguán de servicio del más lujoso restaurante de entonces: «El Tambo de Oro». Un día sábado por la tarde, Ricardo Blume y yo arribamos al vetusto solar. Por encima de las aguas servidas, nos impusimos dejarla presentable. La sencillez de Ricardo, el entusiasmo de mis compañeros y la bondad convertida en sándwiches que repartía Sylvia,

su mujer, me permitieron comprender la calidad de un líder.

Era una época en la que a los alumnos de la Católica se les reconocía por su forma de hablar y de decir las cosas. Y, por supuesto, aquellos que además estudiaban en el TUC tenían, como se dice, un valor agregado. Humberto Medrano Cornejo y Mario Pasco Cosmópolis eran un ejemplo. Nuestro director se preocupó de la pronunciación haciéndonos leer los versos de los autores del Siglo de Oro del teatro español. Tuvimos una talentosa profesora de expresión oral, Martha Flores, que nos daba clases en una de las melancólicas quintas de Miraflores, en la que se confundía la pasividad de la ciudad y la pátina acumulada por el tiempo.

Creí, entonces, que había adquirido una adecuada formación vocal, pero la puesta en escena de *Las bazarrias de Belisa* me demostró otra cosa. Fui seleccionado para hacer una contra escena con el galán de la obra, Luis Peirano. Uno de mis breves parlamentos era retarlo con la exclamación: «La puerta está abierta, entrad», y con mi mejor voz y en tono desafiante, pronuncié la primera parte de la frase. El final resultó desastroso: «entrad» fue emitido con voz atiplada, causando la hilaridad del público. Aprendí, entonces, dos cosas: la pausa necesaria para resaltar la frase

siguiente y el principio de contradicción como fundamento de comicidad. En efecto, una expresión impostada seguida de una palabra de escasa virilidad fue una contradicción.

El timbre de voz es fundamental, pero más aún lo es la emoción, los sentimientos, las vibraciones del alma, cuyo eco es la voz. Basta poner el sonido necesario para que lleguen al oído del destinatario los sentimientos de quien habla.

Me convertí en lector de cuanto libro sobre la voz podía alcanzar. Aprendí de memoria la *Declaración de la Habana*, acción consecuente con mi impulso juvenil de liberación latinoamericana; memoricé los textos de *Los cachorros* para conocer nuevas experiencias; y deletreé los poemas de Alejandro Casona para sentirme galán. Más tarde, empecé a recitar todo ello a Carmen en aquellas visitas románticas y tiernas que me llevaban a verla a Trujillo antes de casarnos.

La convivencia democrática la pude experimentar siendo director ejecutivo del TUC. Era un periodo de transición después de que Ricardo Blume se había retirado. Fui elegido hacia 1971. Los nuevos miembros, hoy talentosos directores y actores, reclamaban espacios y presencia manifestando que ellos eran el arte y la creación dramaturgica, en tanto la dirección ejecutiva era solo una instancia administrativa.



Las bazarrias de Belisa (1966).

En la foto:
Edith Montero,
Ana María
Teruel, Enrique
Urrutia, Ruth
Escudero, Violeta
Cáceres y Luis
Peirano.

ANÍBAL SIERRALTA RÍOS

Durante mi gestión cumplimos los primeros diez años. Editamos una revista homenaje, se aceptó el curso de Teatro como parte de la currícula académica universitaria y, fundamentalmente, tratamos de conciliar las nuevas tendencias con la tradición de sus fundadores. El XIV Programa estuvo a cargo de Marco Leclère, entrañable y presente amigo, quien montó *El Escorial*, de Michel de Ghelderode, y *Antiescorial* como creación colectiva. En tanto, los jóvenes, como Edgar Saba, Jorge Guerra y Guido Podestá adaptaron *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. Era el periodo sorprendente post 1968, el de las grandes transformaciones sociales y políticas, como la revolución de mayo en Francia, la inmensa tragedia universitaria de Tlatelolco en México, la revolución nacionalista del Brasil y los cambios de octubre en el Perú. Indudablemente, iniciábamos el decenio de los setenta después del preludio del «comuniquémonos» de París y el grito de reivindicación social de México D.F. y Lima. Fue un periodo en donde el entusiasmo era colmado, de una u otra manera, por los cambios iniciados en el decenio anterior, golpeando eso que llamamos conciencia,

amor o recuerdo del bien perdido.

Las nuevas generaciones fueron duros críticos. Amigos como Clara Izurieta, Marco Leclère, Violeta Cáceres, el leal y fraterno Samuel Adrianzén y Silvio de Ferrari, estuvieron conmigo; pero esa experiencia me hizo comprender que la democracia no es exactamente elegir o votar, ni siquiera administrar, sino entender los intereses y objetivos de las nuevas generaciones.

Finalmente, el TUC me enseñó a valorar y cultivar la amistad, pues formó un grupo humano solidario. Como decía nuestro antiguo rector, el padre Mac Gregor, «[...] en el “secreto” del TUC hay una parte importante de la Universidad Católica [...] el clima espiritual y humano que tiene y que ha hecho posible el florecer de vocaciones artísticas para el teatro y ha dado a todos los jóvenes actores un profundo sentido de misión, y confirmado en ellos la voluntad de servir a los hombres». Es la corriente del Evangelio, al cual hoy se le quiere dar la lectura de que la preferencia es la santidad de lo cotidiano y no la profundidad y transformación del alma. Formé amigos entrañables

8-149



Edgar Saba y Gonzalo Rivero en *Escorial-Antiescorial*, bajo la dirección de Marco Leclère.





Acompañado de Marco Leclère San Román, el elenco de *Escorial-Antiescorial* (1971). En la foto aparecen Ruth Escudero, Edgar Saba, Tony Saer, Manolo Arévalo, Gonzalo Rivero, Arturo Nolte, Alicia Villavicencio, Renán Delgado, Cecilia Natteri y Aníbal Sierralta.

con los cuales el diálogo se ha convertido en himno permanente de patriotismo y de justicia como Juan Velit, Felipe Adrianzén, Daniel Ulloa, Ana Cecilia Natteri y Alfonso Bermúdez.

Al dejar estas páginas y mirando al futuro que está en manos de las nuevas generaciones —a las que les debemos el aliento y apoyo que se merecen todos aquellos, hombres y mujeres, que escogen el arte como forma de realización personal—, les reitero mis esperanzas acumuladas en cuarenta años: nuestra meta es un teatro no alienado, sino consciente; no sagrado, sino criticable; no grandilocuente, sino elocuente; no abstractamente rebelde, sino auténticamente transformador; no estridente, sino armónico; un teatro que a través de la experiencia vital que representa el contacto entre público y actores, llame a la reflexión; un teatro que permita calar profundo en la realidad de nuestros días.

Debo decirles que los grandes sueños se hacen realidad con inmensos sacrificios, y que mientras ma-

yores sean estos, el premio y la satisfacción estarán más cercanos. Habrá sacrificios de todo tipo: económicos, académicos, de costo-oportunidad, e incluso familiares, pero valdrá la pena.

Recuerdo que mi padre detestaba el teatro pues lo consideraba una actividad dudosa. Una vez, al salir del teatro La Cabaña muy de noche después de un ensayo general, presuroso me encaminé a casa sin haberme desmaquillado. Con los ojos resaltados y el carmín en el rostro y los labios me topé de narices con mi padre en la puerta de la casa. A pesar de ello continué trajinando en las tablas. No logré ser un buen actor ni destacado director, pero las enseñanzas que recibí en la antigua casona de la calle de Amargura, donde transitaban no solo los sueños y los ideales, sino también algunos desencantos, me formaron como pesquisador, profesor universitario y, después, como consultor cuando trabajé como funcionario internacional de la Organización de Estados Americanos.